

Inclusión de la diversidad: del deseo a la necesidad

Militza Ana Villar

Acostumbrados a pensar desde un paradigma simplista, nos hallamos hoy por hoy frente a un cambio de paradigma que nos impulsa a generar transformaciones. Cambios de raíz, de estructura. Cambios desde lo social, lo profesional, lo familiar. Los cambios son siempre pequeñas situaciones de crisis que realizan una modificación en nuestra percepción personal y social. Ahora bien, con la visión de un paradigma distinto, irrumpen en las distintas áreas de nuestra vida un gran dilema:

¿Estamos preparados para esta metamorfosis?

En este largo camino por recorrer, notamos que la inclusión de la diversidad es el tema que aflora en los vocabularios de todos los actores de la escuela y de la sociedad. La diversidad implica en este mundo globalizado un abordaje distinto. Implica creatividad, capacitación y profesionalización por parte de los agentes de salud y docentes; y, sobre todo, implica apertura social. Si bien este tema se encuentra en el inconsciente colectivo de todas las instituciones y en el macro ambiente social, el cambio y la apertura deberán nacer de cada uno de nosotros, aceptando la heterogeneidad dentro del aula y en cada espacio “psi” que tengamos a nuestro alcance.

Podemos comenzar aceptando aquello que transversaliza a toda persona, su “individualidad”, aquello que lo hace ser “esa” persona, única e irrepetible. Ya en la antigüedad, el filósofo romano Boecio¹ nos enseñaba que la persona es una sustancia individual de naturaleza racional; motivada, entonces, desde su naturaleza racional, se encuentra la individualidad de la persona. Este aspecto tan trillado y poco valorado hoy es aquel por el cual tanto debatimos: la individualidad y dignidad del ser. Si bien el debate es un espacio más que válido para el crecimiento intelectual, también debemos realizar un espacio de introspección y de reflexión personal. A este llamado debemos acudir diariamente a fin de que la diversidad no sea un aspecto de inicio, sino de continuidad en nuestro quehacer psicopedagógico. La responsabilidad, si bien es de cada uno, también es de todos desde el momento en que la persona necesita ser educada y contar con los contenidos de aprendizaje a su alcance.

Dice un proverbio chino que “un viaje de tres mil leguas empieza con un solo

paso”²; de igual modo, paso a paso debemos comenzar a ver con más claridad que el abordaje de la diversidad es posible en tanto tomemos contacto con la realidad e instrumentalicemos las herramientas correspondientes para su trabajo. Este es nuestro desafío y debería ser el de todos, ya que no nos encontramos frente a un deseo, sino ante una necesidad real.

En las aulas de hoy se generan distintos tipos de situaciones que merecen ser trabajadas desde diferentes miradas. Debemos trabajar con la inclusión de aquellos puntos de encuentro y desencuentro que observamos entre los adolescentes. No olvidemos que, detrás de cada alumno, también se encuentran sus pilares, que son las familias; y también con ellas, debemos poder elaborar aspectos inclusivos. La familia, asimismo, debe ser un agente inclusivo, ya que, como valor en sí misma, se encuentra atravesando una muy seria crisis que se refleja en el tratamiento de la diversidad dentro del hogar y, por ende, se reflecta en el ámbito escolar. Estos aspectos deben ser tenidos en cuenta a fin de responder a las necesidades de una verdadera educación en los valores adecuada al siglo XXI.

La educación en los valores encierra gran cantidad de criterios que posiblemente no sean tenidos en cuenta al momento de hablar y de planificar estrategias para la inclusión. El educar y educarnos dentro de la heterogeneidad es un paradigma en constante cambio.

¿Por qué seguimos divisando Instituciones con currículos flexibles, abiertos a la diversidad, mientras que el docente no está formado para abordar esta realidad? ¿En dónde radica el problema?

No buscamos responsables; todos sabemos que esto es personal e individual. Aquí es donde el quehacer psicopedagógico debe trabajar interdisciplinariamente orientando al adolescente, al docente y al directivo, que no cuentan con las posibles herramientas. Asimismo, las distintas estrategias también deberían ser un instrumento aprendido dentro de la formación sistemática de los actores de la escuela. Para aquellos que transitan desde hace un largo período estos caminos, la capacitación continua debería imperar en su formación profesional. Aquí, también, educamos en los valores. De este modo, es más fácil vislumbrar cuál es la misión del psicopedagogo.

Porque un docente que respete la diversidad, que sepa atenderla como misión dentro de su clase, que mejore su metodología, que sea más creativo en los recursos didácticos a ofrecer a los demás, que tenga el apoyo de un colega para él y el alumno, que logre enriquecerse con toda la heterogeneidad de su grupo, que tenga acceso a tecnologías y a formas de pensar y trabajar diferentes, va a colaborar a elevar la calidad educativa para todos. El modo de abordaje no se halla en recetas exactas y fijas ni metodologías que puedan seguirse de una vez y para siempre, sino todo lo contrario. El aprender en cada persona es distinto y requiere estrate-

gias variadas y urgentes. La educación en la diversidad es muy compleja. A fin de poder descifrar esto, los agentes de educación y salud debemos, además de estar capacitados apropiadamente, contar con los tiempos, atención y espacios acordes para enfrentar esto diligentemente. En su complejidad, la educación en la diversidad demanda de nosotros pensamiento crítico, fortaleza de carácter, autorreflexión, dedicación constante y apertura de mente y de corazón.

En este sentido, la atención a la diversidad no debe considerarse como una disminución de las expectativas de desarrollo de las capacidades de los jóvenes, sino que procura que el currículum posibilite a todos el logro de competencias.

El aprendizaje será constitutivo de cada persona en particular. Nosotros debemos, en nuestro quehacer psicopedagógico, lograr que esa apropiación sea completa y significativa. El realizar seguimientos dinámicos, flexibles y comprometidos, al igual que exigidos, debe marcar nuestro norte de trabajo con los jóvenes, no tan solo dentro del aprendizaje sistemático, sino también asistemático. El aprendizaje sucede, sin barreras ni fronteras de espacios; y aquí también formamos en los valores. Si los alumnos observan situaciones de discriminación o falta de tolerancia entre pares, nos encontramos frente a espacios que deben ser intervenidos con la palabra, con el aprendizaje de los principios fundamentales; y esto, luego, se traduce en acciones diferentes, en matrices de aprendizaje distintas. Aquí también debemos trabajar interdisciplinariamente, pero, principalmente, la familia debe poder tener voz y eco en esta intervención. Las manifestaciones de intolerancia y discriminación se observan tanto en la escuela como en el hogar, y esto debería ser una oportunidad de trabajo preventivo y eficaz.

El construir la inclusión de la diversidad desde la escuela como espacio común, implica transitar esta realidad desde la conciencia social que, en definitiva, se traduce en las caras de todos los distintos adolescentes que se encuentran a nuestro alrededor en los múltiples espacios de nuestro abordaje psicopedagógico. Educar en la inclusión de la diversidad es, entonces, educar integralmente. Este es un punto crítico, pues muchos autores coinciden en señalar que dicha educación está muy fragmentada, atomizada, y que hace falta recobrar una imagen integral de la persona para orientar más eficazmente el quehacer educativo y psicopedagógico.

Nuestro desafío no es solo la inclusión de la diversidad, sino que, a través de ella, logremos tender puentes entre las familias, los adolescentes, la escuela y la sociedad para lograr la construcción de redes entre los actores. Debemos lograr que este deseo sea una necesidad permanente, ya que poco importa lo que pensemos o lo que creamos, lo único que realmente importa es lo que hacemos.

Los nuevos paradigmas educativos señalan que la enseñanza no debe circunscribirse a la transmisión de conocimientos y a la adquisición de habilidades cognitivas, sino que es preciso integrar la dimensión moral y valorativa en la formación.

Esto obedece al convencimiento de que la educación en valores puede ofrecer un verdadero desarrollo y evolución a cada persona y, por ende, a la sociedad. Si bien la educación en valores ha estado siempre presente, ahora más que nunca se evidencia su necesidad en la formación de individuos capaces de mantener y desarrollar la responsabilidad personal y la cooperación en la búsqueda del bien común.³

La escuela tiene la necesidad de reflexionar constantemente, pues la vida cotidiana dentro y fuera de ella se encuentra colmada de situaciones que nos demandan meditar cuidadosamente antes de actuar. La impronta es que los alumnos aprendan a detenerse a pensar antes de actuar a fin de evaluar si lo que van a hacer es correcto o no. Para llevar a cabo esta reflexión, se requiere que los estudiantes sean moralmente conscientes y sensibles, es decir, que reconozcan los elementos éticos de las situaciones por las que atraviesan al afrontar la diversidad. Necesitan, también, pensar sobre sus valores, ser capaces de tomar la perspectiva de los otros, de razonar moralmente, y de adoptar decisiones tomando en cuenta las necesidades de los demás y también las suyas propias.

Fomentar la reflexión moral en la escuela significa aprovechar cada situación que esta nos ofrece para establecer con los alumnos un diálogo que los ayude a reflexionar, lo que incluye oportunidades para la adopción de conductas, para el análisis de los valores implicados en la situación, para sopesar las consecuencias de sus actos en los otros y en ellos mismos. Entrar “en la mente” de los alumnos para conocer cómo piensan y para ayudarlos a reflexionar acerca de las diversidades por las que atraviesan es una parte esencial de la educación.

Usualmente, se piensa que algunas aulas son más apropiadas que otras para fomentar valores. Esto es un grave error. Igualmente, se piensa que educar en valores y en la diversidad es incorporar una materia especial, de ética o de moral, dentro del currículo. Como ya se ha mencionado, es toda la escuela como institución la que tiene que convertirse en una comunidad si quiere tener éxito en la formación de la inclusión de la diversidad y la adquisición de valores.

Al ser la escuela una comunidad, la diversidad está incluida en cualquier asignatura, cada actor escolar asume un papel activo en ese debate y es un agente de cambio. Todas las asignaturas del currículo tienen relevancia para la educación en la diversidad, y al docente le corresponde saber aprovecharlas; la inclusión a la diversidad está siempre presente, y es labor de todos valerse de las oportunidades cotidianas para propiciarla.

La pasión por la profesión nos impulsa a saber que no deberíamos enfatizar el incluir a la diversidad, ya que todos, en algún aspecto, formamos parte de ella. Aquí, lo fundamental no es entender porqué suceden estos problemas, sino qué estamos haciendo al respecto con nuestra “vocación en acción” para que no conti-

núen sucediendo. Una sociedad cada vez más fragmentada será el resultado de un joven cada vez más fragmentado. Continuemos trabajando para que este deseo sea nuestra realidad de trabajo.

Bibliografía

- ABERASTURY, Arminda y KNOBEL, Mauricio. *La adolescencia normal*. Argentina. Paidós Educador. 1997.
- CASAUBÓN, Juan Alfredo. *Nociones Generales de Lógica y Filosofía*. Argentina. Editorial Estrada. 1984.
- CASTELLANI, Leonardo. *La reforma de la enseñanza*. Argentina. Ediciones Vórtice. 1993.
- FRISANCHO, Susana. *Educación y desarrollo moral*. México. Programa Especial. Ministerio de Educación. 2001.
- HUNTER, James C. *La Paradoja*. Barcelona. Editorial Empresa Activa. 2005.
- HUNTER, James C. *Las claves de la paradoja*. Barcelona. Editorial Empresa Activa. 2005.
- REVISTA PSIGNOS N° 20. *Adolescencia*. Argentina. Mayo-junio. 2004.
- REVISTA PSIGNOS N° 12. *Mediación escolar*. Argentina. Septiembre-octubre 2002.

Notas

1 Filósofo romano (480-525) autor de transición entre la filosofía antigua y la medieval. Cristiano. Unió en un solo sistema la lógica aristotélica y la de los estoicos.

2 James Hunter. *La paradoja*. Barcelona. Editorial Empresa Activa. 2005.

3 Susana Frisancho. *Educación y desarrollo moral*. México. Programa Especial. Ministerio de Educación. 2001.